



REVISTA SEMANAL.

Se publican 48 números al año. Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte, siendo precisa condición hacer la suscripción por anualidades.

AÑO 3.º—NÚMERO 17.

DIRECTORA.
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

8 de Mayo de 1877.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, calle del Darro del Campillo, núm. 45.

SUMARIO.

Testigo, juez y verdugo, por don J. Selgas.—Á Granada, poesía, por don Carlos Prieto.—Calvario y redencion, novela, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—Inspiracion ante una imagen de la Virgen, poesía por don Antonio de Valbuena.—Variedades.

TESTIGO, JUEZ Y VERDUGO.

Cerrad bien las puertas de modo que no podais ser sorprendidos por la presencia de algun indiscreto. Correr las cortinas de modo que corten el paso á las miradas imprudentes con que la curiosidad de los importunos pretenda espiaros. ¡Qué diablo! No estais de humor de que os vean, de que os oigan ni de que os entiendan, porque os hallais en un momento particular de vuestra vida, en el que, si estuviera en vuestra mano borraríais el nombre con que os conocen de la memoria de las gentes. Momento singularísimo en que, sin dejar de ser el mismo, quisiérais ser otro.

No todas las cosas se pueden hacer en medio de la calle *coram populo*, porque no todas las gentes tienen bastante discrecion para juzgar

las acciones ajenas; y entregarse así, sin más ni ménos, al juicio de unos y de otros equivale á dejarse despedazar vivo por los diferentes gár-fios de las lenguas desocupadas, *Virchott* nos asegura que el crimen no es más que un producto químico, como el azúcar y el vitriolo; pero á pesar de la autoridad de este filósofo, el crimen continua siendo crimen, y por lo visto una de sus cualidades químicas es producir horror; y cate Vd. aquí al infeliz culpable victima de la animadversion del público horrorizado.

Y no es esta la más negra, sino que las leyes, que ignoran hasta los más elementales rudimentos de la química, gritan á su vez: «crimen,» «crimen,» y la policía que alguna vez ha de servir para algo, se vé en la necesidad fisica de abrir los ojos, y busca por aquí, busca por allí, tropieza con el delincuente y le pone la mano en el hombro con la familiaridad del que descubre á un antiguo camarada. No es cosa de abandonar á aquel amigo encontrado manos á boca y se le dá albergue en la cárcel. Es un acto de hospitalidad que cualquiera rehusaria aun á riesgo de dormir á la intemperie; pero ¿quién se resiste á tantas instancias?

Detras de la cárcel está el proceso, proceso

tal vez interminable, pero al fin proceso, más allá se dibuja una sentencia que se lee al reo una vez, dos veces, tres veces, según el curso de los trámites, y al fin el huésped sale de la cárcel casi como un rey, con escolta que lo acompaña á un nuevo hospedaje, donde encuentra nuevos amigos con quienes pasa algunos años de su vida, que, sea como quiera, le ayudan á llevar la carga, mientras no hay una ventana por donde descolgarse, ó una tronera en el muro, por donde evadirse, que suele haberlas, en cuyo caso se deslizan con el mayor sigilo para no despertar á los compañeros, porque aun cuando no duermen el sueño de la inocencia, toda despedida es triste; y, ¡quién sabe! la ausencia puede ser corta, pero ¡ay! también puede ser muy larga.

A estas amarguras se expone el hombre que no cierra bien las puertas y no corre cautelosamente las cortinas, cuando tiene razones particulares para huir de las miradas indiscretas y de los oídos imprudentes.

La mayor parte de los criminales encerrados en los presidios, que no son por cierto todos los que debieran estar, manifiestan resignación con lo que ellos llaman su suerte. Bajan la cabeza ante el castigo porque se reconocen culpables de un delito que en verdad no les ha tomado en cuenta el Código penal. Se consideran criminales en cuanto han sido torpes: no han cerrado bien las puertas, no han corrido discretamente las cortinas, y han sido descubiertos. Hé ahí todo. Allá en el fondo de sus encierros, bajo el sombrío techo que los cubre, entre el rechinar de las cadenas que los sujetan, meditan nuevos crímenes, sin duda alguna; pero crímenes en los que no dejará rastro alguno la mano que ha de ejecutarlos. Así salen los criminales de los presidios, corregidos... más aún... perfeccionados; no ménos perversos, pero en cambio más cautos.

Después de todo han caído en la cuenta de que el criminal que consigue eludir ciertas intimidades con la justicia es al fin y al cabo un ciudadano como otro cualquiera. El crimen á sus ojos, viene á ser un acto de habilidad, que tiene sus contingencias, no tantas como la lotería; y una vez asegurada la impunidad, échele Vd. un galgo. La cuestión, pues, queda reducida á cerrar bien las puertas y á correr cuidadosamente las cortinas de modo que nada se vea y nada se oiga; que no haya ojos que espíen, ni oídos que escuchen, ni lenguas que hablen. La justicia humana es casi ciega, y no ve más que por los ojos de los testigos, y el secreto consiste en que no tenga testigos á que agarrarse.

Muy bien; aquí tenemos un crimen consuma-

do con todas las reglas del arte, obra perfecta de maldad y de astucia. Ningun ojo humano ha penetrado en el secreto del delito y el criminal se horroriza ante el espectáculo de su propia obra con toda la naturalidad de la inocencia. No hay un testigo que lo descubra ni una sospecha que lo denuncie, y escondido, puede decirse así, en la caverna de su alma, celebra el triunfo de su maldad y se ríe del mundo.

Sin embargo, no duerme tranquilo, se le aparecen durante el sueño terribles visiones, y se despierta á lo mejor agitado por vagos estremecimientos. ¿Por qué?... Las puertas estaban bien cerradas, las cortinas perfectamente corridas, el secreto del crimen es impenetrable, y no hay poder humano que pueda descubrirlo. Además, el horror público fué la emoción del momento, y pasó como pasan todas las cosas. Se ha hablado mucho del crimen, pero ¿quién se acuerda ya del terrible suceso? Las multitudes son siempre lo mismo: se parecen á los espejos, en que solo se refleja la imagen que se les pone delante.

Se encuentra libre del poder de la justicia humana; la espada de la ley ha brillado un momento en el aire y ha vuelto á ocultarse porque no ha tenido sobre quién caer. Y bien. ¿Por qué tiembla en el fondo de su alma? ¿Por qué se estremece en los momentos de su mayor alegría?... ¿Qué sombras pavorosas agitan el sueño dentro de sus ojos dormidos? él mismo no lo sabe. Quisiera huir de su memoria, pero su memoria, implacable, lo sigue y lo acusa. Su crimen parece escrito con tinta eterna en el fondo de su pensamiento; siempre lo tiene delante de los ojos.

El único testigo de su delito es él, testigo inexorable que no lo abandona ni un momento. No sabe de dónde sale la voz que lo acusa, es su propia voz; nunca está solo, porque siempre está con él la sombra de su crimen. El mundo ignora que ha sido su mano la que ha clavado el puñal en el corazón de la víctima, pero lo sabe él, él solo, y él es el testigo que lo señala con el dedo á sus mismos ojos. No, las puertas no estaban bien cerradas ni las cortinas sigilosamente corridas, porque han presenciado el crimen unos ojos implacables; sus propios ojos.

Dentro de su ser siente otro ser que lo denuncia, lo juzga y lo condena. ¡Ah! no estaba solo al cometer el crimen; estaba allí ese testigo invisible que se apodera de sus sueños para aterrorizarlo, de sus pensamientos para confundirlo, de su misma voz para acusarlo, de sus mismos ojos para hacerle ver por todas partes la imagen del delito. ¿Cómo evadirse de esta persecución tenaz, continua?... ¿Dónde ocultarse á la mirada,

siempre fija, que no le deje ni un instante de reposo?

¡Extraño fenómeno psicológico!... Después de burlar la pobre ley de los hombres y la torpe justicia del mundo, el criminal se encuentra manos á boca con el proceso en su memoria, el testigo en su pensamiento y el juez en su conciencia. ¡Qué terrible crueldad de las cosas! Él sólo posee el secreto de su crimen, y él sólo es el que se persigue, sin que le sea posible huir de sí mismo.

Si hubiera podido cerrar las puertas y correr las cortinas de manera que ni él mismo se hubiera visto, entonces sería el criminal más dichoso del mundo, porque habría conseguido burlar la justicia del cielo y de la tierra; pero hé aquí que no puede engañarse: padece la manía de los remordimientos y se vé perseguido por la conciencia.

¿Es posible que el hombre llegue á tal estado de embrutecimiento que se apague en su alma toda luz de sentido moral!... Es posible, y hay numerosos ejemplos, porque la tendencia que experimenta el mundo moderno es esa, y en tal caso ya no se trata de un hombre, sino de una bestia; pero mientras conserve un soplo de instinto racional, quiera que no quiera; tendrá que someterse á la ley, no hecha en Cortes ni sancionada por la Corona, que le obliga á ser siempre testigo implacable de sus acciones y de sus pensamientos, para que él mismo sea á la vez su delator y su cómplice.

No sé cómo se pueda negar la realidad de este mundo invisible que va con nosotros, la evidencia de ese tribunal misterioso, fantástico en el que uno mismo es el reo que confiesa, el testigo que declara, el juez que condena... más aún: el verdugo que castiga.

Es indudable que burladas las leyes humanas, cegada la justicia, extinguidas hasta las más lejanas sospechas, el criminal puede levantar la frente y reclamar todas las consideraciones debidas á los hombres honrados; de puertas á fuera puede llegar á ser hasta un hombre envidiable: los hay; mas ante sus propios ojos, dentro de sí mismo, en la intimidad de sus pensamientos se levanta la sombra del crimen como un espectro que sale del sepulcro y, si puedo decirlo así, lo ahoga interiormente entre sus brazos.

No le teme ni á la perspicacia de la ley ni á la eficacia de la justicia. Se teme á sí mismo, porque una palabra involuntaria puede descubrirlo, un estremecimiento imprevisto puede delatarlo. Desconfía de su palidez; no sabe cómo sonreirse; si calla, su silencio puede ser sospe-

choso; si habla, ignora qué indicios podrán despertar sus palabras. Una mirada penetrante lo hace palidecer; una pregunta inesperada le hace temblar. Cree que todo lo que le rodea le espía. Siente que el crimen encerrado en el fondo de su conciencia, pugna por romper las ligaduras que lo contienen. Él mismo lo ve aparecer en su semblante; conoce que una mano invisible ha estampado el sello del delito en su frente.

Huye de toda intimidación, de toda confianza, de todo abandono. Sus padres, sus hermanos, sus hijos, sus amigos, el mundo entero parece que lo rodea para espíarlo. En medio de los placeres de la vida con que intenta aturdirse, no es más que un fugitivo que anda á salto de mata, que á cada instante teme ser reconocido.

Oye en silencio todos los dictérios que la indignación pública lanza contra el culpable, y él mismo se vé condenado al trabajo forzado de alzar la voz para execrarse y maldecirse.

¿De qué poder humano viene esta justicia? ¿Qué mano de hombres ha escrito esta ley penal que pesa sobre todos los hombres? Justicia que jamás se equivoca; ley que siempre cae sobre las cabezas culpables.

No es el cuerpo de un hombre encerrado en un presidio; es el pensamiento encerrado en el calabozo de la conciencia, no son los hierros de las cárceles, sino los hierros de los remordimientos. Es un alma condenada á cadena perpétua. No es, en fin, la justicia humana, es la justicia divina.

Cerrar bien las puertas de modo que no podáis ser sorprendidos por la presencia inesperada de algun importuno. Corred bien las cortinas de modo que corten el paso á las miradas imprudentes de la curiosidad que pretendan espíaros. ¿Y qué? Todo es inútil: allí está el testigo que acusa, el juez que sentencia y el verdugo que castiga.

J. Selgas.

Á GRANADA.

RECUERDOS.

Cuando entre nubes de oro
Que los cielos engalanan,
Húndese el astro del día
Tras las vecinas montañas;
En esas solemnes horas
Que tantos misterios guardan,
¡Cuántas veces reclinado
En la arena de la playa,
Evoqué con honda pena

Memorias dulces y gratas
De tus bellezas y encantos
Hermosísima Granada.
Aquí los veleros buques
Surcando con arrogancia,
Ya los mares turbulentos
De peligrosas bonanzas,
Ya sus ondas apacibles
Por frescas brisas rizadas,
Allí la ciudad bendita
De Occidente la sultana,
Con sus amenos verjeles
Y su poética Alhambra,
Rica en mágicos primores
Y exquisitas filigranas,
Y en deliciosas florestas
Con puras y leves auras.
Aquí en las noches serenas
Desde su trono de nácar,
Vierte la lánguida luna
Menuda lluvia de plata;
De los mares sosegados
En el cristal de las aguas;
Allí misteriosos bosques
Donde los pájaros cantan
Sus cuitas y sus amores
Entre azucenas y dalias,
De delicados matices
Y de suaves fragancias.
Y en perspectivas risueñas,
Deliciosos panoramas
Y fertilísima vega
De topacios y esmeraldas,
Y como altiva matrona
Orgullosa se levanta,
Siempre á tus piés ostentando
Sus hechizos y sus gracias
Y su cándido ropaje
La exelsa Sierra Nevada.
Déjame, pues, que yo sueñe
Hermosísima sultana
En tus mágicos encantos,
En tus primores y gracias,
En tus cármenes y ríos,
En tus bellas alboradas,
En tus recuerdos gloriosos,
En tus grandezas preclaras,
En tus milagros del arte
Que me asombran y entusiasman;
Que cuando pienso en tu historia
Y en aquella fé cristiana,
Que realizó la epopeya
Mas insigne y renombrada
Por sus heroicas proezas
Y sus ínclitas hazañas,
Cuando veo brillar la Cruz

Venerable y sacrosanta
En la torre de la Vela,
Como estrella es esperanza
Y signo de redencion
Y de salud para el alma,
Pídele á Dios me conceda
La no merecida gracia
De vivir bajo tu cielo,
Hermosísima Granada,
Para gozar tus serenas
Deliciosas alboradas,
Y tus linfas bulliciosas
Que entre lirios se resbalan,
Y los mágicos hechizos
Y primores de tu Alhambra.

Carlos Prieto.

Adra 25 de Abril.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE DOS HERMANOS.

Fabian á Maria.

He leído tu carta, mi dulce hermana, y sus frases me han hecho estremecer.

En toda ella veo una sola palabra estampada, no con los rasgos de tu pluma, sino con tus ardientes lágrimas y con los latidos de tu corazón, que he creído percibir bajo aquel papel que temblaba entre mis manos.

Oh! yo, á través de esos pocos renglones, veo tu alma! tu alma llena de un sentimiento á que en tu inocencia ni aun sabes dar nombre.

No, no lo sabes! pobre niña á cuyo lado puede pasar el crimen sin manchar la inmaculada blancura de tu alma.

No lo sabes, y yo vacilo y dudo en recorrer el velo que cubre tus ojos, porque ignoro si será un bien ó un mal que te detengas y fijas un momento tu mirada en el abismo insondable de tu propio corazón.

Pero es mi deber, María: es mi deber mostrarte los precipicios del camino, porque soy tu hermano, tu compañero de la infancia, porque te amo, en fin, y sobre todo, porque estoy cierto de que tu alma es mas grande y mas pura que la pasión que subyuga tu corazón.

Oh! no te extremezcas, no te asombres ante esta frase que acabo de pronunciar, y que encierra una terrible y dolorosa verdad. Sí, sin tú pensarlo, sin darte acaso cuenta de ello, amas á Horacio, amas á ese hombre á quien has encontrado triste y solitario y melancólico, sentado al borde de la senda de tu vida; tú le amas, María,

y este amor imposible será tu desgracia y tu suplicio eterno, porque yo te conozco bien y sé que sabrás romper tu corazón en mil pedazos, antes que consentirle dar un latido que no responda á la voz del deber.

Es preciso, pues, dulce hermana mía, que dejes esa morada, que salgas de esa casa donde á cada instante se añadiría combustible á un fuego que puede abrasar tu pecho y amargar tu existencia: es preciso, pues, que vuelvas á nuestra casa, bajo el amparo de nuestra santa madre, y al lado de Elia, cuyo purísimo cariño será como un claro rocío que devuelva la frescura á las flores de tu corazón.

Yo trabajaré para vosotras, yo solo seré bastante á prestaros apoyo, y al menos si te veo sin fortuna y sin comodidades, no te veré desgraciada.

Dios parece que quiere indemnizarnos de la pérdida que esto nos ocasione, puesto que mi principal me dió ayer una noticia inesperada, y que no sé cómo explicarme. El aumento de mi sueldo.

No sé á qué debo este favor, concedido por un hombre que tiene fama de avaro y déspota entre sus mismos dependientes, y que á mí, sin embargo, me trata con deferencia, y casi puede decirse, con bondad.

Es verdad que procuro cumplir mi deber, que jamás faltó de mi puesto, que trabajo con el afán del hombre que quiere ganar lealmente el sueldo que recibe; pero también lo es que ni le adulo, ni quiero mostrarme á sus ojos superior á lo que soy. No sé si el favor con que empieza á distinguirme el señor de Aguilar será debido á la influencia de su hija, que le domina y dirige á su arbitrio su voluntad: porque este hombre, á quien todos temen, y ante cuya severa presencia todas las sonrisas se apagan, es débil como un niño ante los deseos de Valeria, y se plega á sus caprichos con una facilidad admirable.

Ella es su ídolo: fuera de ella, creo que nada existe para ese corazón helado y duro como una tumba.

Y sin embargo, ese hombre es padre; tiene una hija tan inocente y tan infortunada como Angelina, y jamás se cuida de ella, ni aun casi la ve!

¿Comprendes tú esto, hermana mía? creo que no, y con todo, es la verdad.

La pobre niña, enferma y desvalida, no tiene ni amor ni cuidados algunos.

Se la concede un pedazo de pan y un puesto en esta casa, como se otorgan ambas cosas á un pobre perro que nos sigue al acaso; pero no: al

perro se le acaricia, y Angelina no recibe ni de su padre ni de su hermana una muestra de afecto.

Y ¡es tan agradecida esta pobre niña! si vieras cuánto cariño se revela ya en sus hermosos ojos! cuando me acerco á ella, cuando la ofrezco un dulce, un objeto cualquiera de esos que tanto seducen y encantan á las niñas.

Oh! esa inteligencia que todos creen muerta, vive y existe; pero está dormida y es preciso para despertarla sacudirla muy dulcemente.

En mi carta anterior te dije que quería recurrir á la ciencia, y así lo he hecho.

Para ello me puse de acuerdo con Susana que, ya lo sabes, ama á Angelina con un afecto sin igual.

Aunque con mucho miedo de ser sorprendida, consintió en recibir al doctor Alvareda, sin que nadie pudiese apercibirse de ello. Este anciano, uno de los hombres mas sabios y mas bondadosos que he conocido, cedió también á mis deseos y vino una mañana temprano, antes de que nadie estuviese levantado en la casa.

Ambos penetramos en el cuarto de Angelina: que segun su costumbre, estaba ya despierta y vestida.

Ya te dije en una de mis cartas que empezaba á conocerme, que sonreía al verme, y que tendía hacia mí sus manos siempre que me acercaba á ella.

Alvareda pudo notar todo esto cuando llegamos junto á la pobre enfermita.

El sábio médico la contempló algun tiempo con suma atención, y dirigió á la nodriza muchas preguntas, á las cuales contestó la buena mujer, aunque siempre con un temor marcado.

—¿Quién ha estado encargado hasta aquí de la curación de esta niña? dijo dirigiéndose á mí.

—La conozco hace muy poco tiempo, respondí, y no puedo saberlo; así pues, Susana es la única á quien hay que preguntar.

Alvareda fijó en ella su mirada, y la nodriza, titubeando, contestó al fin:

—Hace muchos años que nadie la vé.... como dicen que no tiene cura...!

El médico se volvió á mí y murmuró con interés.

—¿Es V. pariente de esta niña?

—No, señor; solo un sentimiento de compasión me liga á ella.

—Entonces puedo decírselo todo, añadió.

—Oh! sí, respondí ansioso de conocer aquella verdad, que acaso era amarga.

—Ha habido un terrible descuido con esta niña: descuido que puede hacer inútiles todos nuestros esfuerzos. Lejos de combatir el mal, se

ha dado pábulo á él, aislando, privando de todo amor á ese pobre corazon que solo amor necesita. Una dolorosa impresion, un momento de terror supremo, han paralizado esa tierna inteligencia, que solo á fuerza de expansion y afecto hubiera podido animarse de nuevo. Separada, como está, de todo contacto, de toda comunicacion con las gentes, las gentes la asustan, y la contrae el miedo de su soledad misma, perturbando cada vez mas sus facultades mentales. Sin salir jamás de este retiro, donde á nadie vé, donde todo es triste, y helado, y sombrío, ¿cómo ha de alentarse esa mente, con qué calor han de fundirse esas ideas, con qué afecto ha de ensancharse esa delicada y tímida alma?

Las palabras de aquel hombre estaban dictadas por una sabiduria profunda y por una ciencia indisputable.

—¿Y no habrá remedio? no podrá hacerse alguna prueba? pregunté verdaderamente interesado por Angelina.

—Siempre es tiempo de intentar algo; pero... ¿esta niña no tiene familia?

Miré el semblante del doctor y le hallé franco y honrado, conforme en un todo con los informes que me habian dado, y por los cuales me habia dirigido á él.

—Caballero, le dije: si los lazos de la familia los forma el amor, esta niña está sola en el mundo, porque no tiene quien la ame. Como dije á V. hace un momento, solo un sentimiento de piedad me liga á ella: la inocencia y la desventura atraen á todo hombre digno y honrado, y estoy resuelto á hacer cuanto esté á mi alcance en beneficio de Angelina. No sé si quedará esperanza de salvarla de ese estado, peor mil veces que la muerte; pero ¿quiere V. asociarse á mi obra y hacer algo en su favor?

El anciano me tendió su diestra, diciéndome conmovido:

—Jóven, tiene V. un hermoso corazon y secundaré sus deseos.

—Qué hay, pues, que hacer? murmuré con afán.

—Por de pronto despertar las simpatias de la enferma, hacerse amar de ella: ver, si es posible deshacer el hielo que envuelve su espíritu y la inercia que envuelve su razon. Este es el tratamiento moral: en cuanto al físico, déme V. tintero y papel.

Susana obedeció, y Albareda recetó algunas medicinas que yo me encargué de traer, y la nodriza de administrar.

La visita habia sido demasiado larga, y Susana temia que Valeria bajase al jardin, y que casualmente nos oyera hablar en la habitacion.

Acompañé, pues, á aquel hombre hasta una puerta que desde el pabellon de Angelina se comunica con la calle, y allí me despedí de él diciéndole al estrechar su mano.

—Caballero, si yo fuese rico, le ofreceria á V. la mitad de mi fortuna por la asistencia que vá á prestar á esa triste niña; pero soy pobre y solo puedo brindarle con mi amistad y con mi gratitud.

—El oro, me respondió, se encuentra en todas partes; pero el afecto de un corazon leal se halla muy pocas veces, y por consiguiente vale más.

Nos separamos y yo entré de nuevo en la estancia de mi protegida.

La fisonomia de ésta, que parecia un tanto contrariada mientras permaneció á su lado el doctor, se dilató y adquirió una dulce expresion de alegria al verme volver ya solo.

Me acerqué á ella, y acaricié al pobre perro que estaba acostado á sus pies y á quien profesa un cariño infinito. Saqué unos dulces que la llevaba y se los presenté, viéndola tender su mano hácia ellos; mas antes de tocarlos fijó en mi sus ojos de un modo que no sabría definir. No sé, pero ¡me hizo tanta impresion aquella mirada!

Me pareció que el alma de Angelina se asomaba á sus ojos, pidiéndome algo que yo no sabia entender ¡acaso mi cariño! ¡una parte en mi alma acaso!

Tomé su pequeña mano por un movimiento instintivo y oprimiéndola entre las mias, la atraí hácia mí y la estreché contra mi corazon, imprimiendo mis labios en su cándida frente de ángel.

No sé si fué ilusion mia, pero creí sentirla estremecerse entre mis brazos.

La miré, y una gota de llanto temblaba en sus pestañas.

¡Oh! mi caricia la habia conmovido, no me cabia duda alguna.

Hacia tanto tiempo que nadie se cuidaba de hacer una demostracion de ternura á aquella niña olvidada!

De pronto levantó su rubia cabeza y pareció prestar oído.

Yo la observé con curiosa mirada.

Alzó el brazo, y me señaló con su diminuto dedo la entreabierta ventana que daba al jardin.

Un ruiseñor cantaba en las ramas de un árbol vecino, y su vago y dulcísimo canto era lo que así fijaba su atencion.

—Oh! dije á Susana: mañana tendrá aquí uno igual.

En aquel instante dieron los tres cuartos para las ocho en un reloj vecino, y yo me apresuré á obedecer la voz de aquella campana que con

su argentino sonido me llamaba á emprender mi trabajo diario.

Sali pues, y al atravesar el jardín vi á Valeria sentada en un banco con la frente apoyada en una de sus manos y tan absorta en sus pensamientos que no me sintió pasar junto á sí.

En su semblante, un poco más pálido que de ordinario, habia una expresion triste y melancólica que la hacia más bella, pues la despojaba de aquel aire desdeñoso y altivo que gastaba por lo comun.

Ya estaba próximo á la casa, cuando una vez recatada pronunció mi nombre cerca de mí. Volví la cabeza y vi á Julio que me salia al encuentro.

—La ha visto usted? me preguntó con acento conmovido.

—Sí, le dije, acabo de encontrarla: allí está!

—Hace mucho tiempo que se levantó V. y yo le creia fuera de casa. ¡Oh! ha estado V. acaso solo aquí?

Habia en su pregunta tanta ansiedad, tan marcada expresion de celos, que me inspiró lástima y le contesté:

—Tranquílcese V., Julio: Valeria no me ha visto siquiera.

El pobre jóven me comprendió, y tendiéndome la mano,

—Gracias, murmuró: ¡oh! perdone V. mi locura; la vi desde mi ventana dirigirse aquí, y bajé á mi vez, no sé á qué! ¡á verla tan solo! desde aquí la he contemplado largo rato: parece triste, es verdad? pero está mas hermosa que nunca, pues que con esa tristeza no me la figuro tan cruel!

—Vamos, le dije, ya es hora de ocupar nuestro puesto, van á dar las ocho.

—Y V..... ¿se queda? preguntó con mal encubierto afán.

—No, no: marchemos juntos, le repliqué intentando alejarle de allí.

Me siguió dócilmente y ambos penetramos en las oficinas, donde éramos los primeros en llegar.

El pobre Julio se dejó caer en su asiento, pero en vez de tomar la pluma apoyó los codos en la mesa y ocultó la frente en sus manos: yo le veia desde mi asiento compadeciéndole profundamente.

Pobre Julio! qué cosa tan horrible es una pasión! ¡Oh! María, María, como debemos huir de esos sentimientos tan inmensos que absorben el espíritu y trastornan la razón!

¿Es verdad que debemos hacerlo? ¿es verdad? Medita bien mis palabras, y contesta pronto á tu hermano.—FABIAN. (Continuara).

Enriqueta Lozano de Vilchez.

INSPIRACION

ANTE UNA IMÁGEN DE LA VÍRGEN (1).

Mirad qué hermosa! La estrella
De mas brillante rielo
Es oscura junto á Ella:
Si aquí parece tan bella,
¿Qué parecerá en el cielo?

¡Mirad qué hermosa! Su frente
Divina, cándida y pura,
Como velo trasparente
Deja entreveer la hermosura
Del pensamiento inocente.

Y su dulcísimo pecho,
Sagrado nido de amor,
Se inflama y crece al calor
Que arde en su recinto estrecho
De sus hijos en favor.

Y la luz de paz que brilla
En su rosada mejilla,
Encarnada y pudorosa,
Es mas bella y mas sencilla
Que las tintas de la rosa.

Blanco, torneado y bello
Es su purísimo cuello,
Donde el placer se recrea,
Y sobre él graciosa ondea.
La mata de su cabello.

Y á la divina garganta
Plegada túnica honesta
La hace tan bella y tan santa,
Que, apenas se manifiesta,
Los corazones encanta.

Amor sagrado provoca
La luz de sus ojos pura,
Y el alma se vuelve loca
Contemplando la dulzura
De sus labios y su boca.

La mano que nos bendice
Con eterna bendicion
Posa en su pecho felice
Y amante, como quien dice:
«Aquí está mi corazón.»

Y en tanto con la siniestra
Con suavidad entendida,
Cual soberana Maestra.

(1) Una preciosa *Inmaculada* de Piquer, hecha para la Congregación de las *Hijas de Maria*, de Vitoria.

A sus discípulos muestra
El sendero de la vida.

Reina, augusta, celestial,
Toda limpia como es
Sin pecado original,
Tiene al dragon infernal
Vencido bajo sus piés.

Y con semblantes gozosos,
De pesar sin una sombra,
Los ángeles mas hermosos
Se tienen por muy dichosos
Sirviendo á sus pies de alfombra.

¡Qué hermosa está! Todo bien.
Su perfeccion acrisola,
Y luce en torno á su sien
La misteriosa aureola,
Que la adorna en el Eden.

Y ni el sol dá mas consuelos,
Ni calma tantos enojos;
Ni de la noche los velos
Pueden competir sin celos.
Con lo negro de sus ojos.

Ni la orgullosa palmera
Que estremece su cimera
En la abrasada llanura,
Puede remedar siquiera
La gracia de su cintura.

Paréceme que la miro
Tan hermosa como fué
Cuando en su casto retiro
Respondió con un suspiro
Al ángel de Nazareth.

Ó con la misma hermosura,
Cual no se conocen dos,
Con que llena de ventura
Brotó celestial y pura
Del pensamiento de Dios.

Los ángeles que pudieron
Gozar allá de su vista
Solo copiarla supieron;
Ellos movimiento dieron
A la mano del artista.

Ó él en devota oracion
Acaso soñó con Ella,
Y de aquella aparicion
Grabada en su corazon
Copió esta imagen tan bella.

Que es un milagro, un hechizo,
Engendro puro y castizo

Del pensamiento cristiano:
¡Bendita sea la mano
Que tan hermosa la hizo!

¡Virgen! Bendigo la hora
En que vi tanta beldad.
¡Ah! Feliz si como ahora
Pudiera verte, Señora,
Por toda la eternidad.

A la pena de perder
Tu semblante no resisto,
Porque ya no pueden ver
Cosa que les dé placer
Los ojos que á Tí te han visto.

Por eso el alma ardorosa
Tiende apresurado vuelo
Hacia tu mansion dichosa:
Si eres aquí tan hermosa,
¿Cómo serás en el cielo?

Antonio de Valbuena.

VARIETADES.

LA SOMBRA DE LA MADRE.

En una aldea vivian felices y en paz marido y mujer.
Todos los vecinos les envidiaban, y solo al verlos se regocijaban las gentes honradas.

La mujer dió á luz un niño y murió poco despues. El pobre esposo gimió y lloró; pero lo que le afligia mas era la suerte de su desgraciado hijo.

¿Qué hacer para alimentarlo? ¿Cómo criarlo sin madre? Hizo lo que únicamente podía hacerse en tales circunstancias, y tomó á su servicio una mujer para criarlo.

Pero ¡cosa maravillosa! durante todo el día la criatura no queria tomar alimento; sin embargo, por las noches parecia que no habia niño en la casa, tan tranquilo y silencioso era su sueño.

—¿Que significa esto?—dijo el ama—velaré esta noche y descubriré lo que pueda haber.

Poco despues de media noche, oyó que alguien abria suavemente la puerta y se adelantaba hacia la cuna. El niño parecia mamar en aquel momento.

La segunda noche reprodujose el mismo suceso y la tercera tambien; entonces contó al esposo lo que pasaba. Este, llamando á sus parientes, celebró consejo de familia y convinieron velar aquella noche á fin de descubrir quién venia á amamantar la criatura.

Con este objeto se pusieron en acecho escondiendo la luz.

A media noche la puerta de la cabaña se abrió y una persona se acercó á la cuna. En aquel momento uno de los parientes descubrió la luz escondida, todos miraron y vieron la sombra de la madre, vestida con la mortaja con que fué sepultada, inclinada junto á la cuna y con el seno descubierto como si diera de mamar al niño. En seguida que la luz brilló en la habitacion la sombra se levantó y mirando tristemente al pequeñuelo salió de la cabaña sin ruido y sin articular palabra alguna.

Todos los presentes permanecieron aterrados y cuando se acercaron á la cuna vieron que el niño estaba muerto.

GRANADA:

IMPRENTA DE DON FRANCISCO REYES:
calle Alta del Campillo, números 24 y 25.